

noble severidad; sed tristes, como queda en el día de la partida, el rosal que borda los cármenes del río que arrulló cuando niño nuestro sueño; como el hogar cuando se apaga la lumbre y se le dice adiós!, como la flor gemela que, lejos de su dulce compañera, dobla la corola para abatirse en el polvo La tristeza es también redención!!



LA PLUMA

(Al Sr. Dr. César Borja).

LA pluma es cetro y el escritor rey. El que pone este alto signo del adelanto de los pueblos al servicio de causas desacreditadas, es un ruin enemigo de la humanidad. Servir al Derecho, á la Ciencia y al Arte, es el objeto más noble de un escritor. Voltaire, O'hateaubriand, Montalvo, veneraban una pluma porque conocían su inmenso poder.

EL vulgo mira con desconfianza á los plumarios, porque

«no tienen oficio ni beneficio». ¡Vulgo, detractor gratuito del genio, payaso en la comedia del mundo, maldito seas! Desprecias el libro, el folleto, el periódico; pero buscas el garito, la taberna, el burdel; no eres elemento de prosperidad en el Estado, no eres defensa de ninguna virtud, no eres grato con tus civilizadores. A tus manos mueren lo grande, lo bello y lo bueno, como las flores al ardor de la canícula. Adepto del motín y contrario de la Revolución, rindes la vida en medio del vocerío atronador de la plaza pública, pero huyes á los primeros tiros que anuncian la demolición de las bastillas. No sirves á la Sociedad en su marcha á la Meca de los ideales, porque temes los calores sofocantes del Desierto. Altanero con los débiles, cobarde con los fuertes; el fulgor divino que emiten las plumas te deslumbra. No persigas á los escritores, plebe miserable!

LAMARTINE, el dulce ruiseñor de los vetustos bosques de la Galia, confiesa que á hurto del eximio poeta Alfieri, robó la pluma con que este hombre sublime escribía sus producciones. Latrocinio tan inocente, demuestra que la que los déspotas llaman «arma terrible de dos filos, que hiere al que la maneja y á la víctima», es objeto capaz de mover á persona tan principal, como el autor de las *Meditaciones Poéticas*, á volverse «ladrón alevoso»: Páreceme que veo á D. Alfonso, alto, pálido, vestido de irreprochable manera, cerrada la levita negra hasta la nuez, acercarse con paso inseguro á la mesa en que trabaja el padre de Virginia, y con mano torpe agarrar esa pluma de cisne que le traía perdido el juicio. Si hay semidioses que hurtan las plumas de sus iguales, no serán nunca justificados, el encono de los tiranos y la irracional antipatía del vulgo por los escritores.

UNA pluma es tan efímera, pero tan benéfica! El César de la Francia que rompía á cañonazos las coaliciones del impertérrito Pitt, tembló de espanto cuando en Fontainebleau firmaba el acta de abdicación que trajo á los Borbones; esa pluma libró á la patria de los príncipes cabelludos, de los horrores de la guerra y de la tiranía del primer Imperio: pluma bendita la que redime de la esclavitud!

CLEMENTE XIV es fama que rechazó, en diversas ocasiones la pluma inmortal con que hiriera de muerte á la Compañía de Loyola. El Pontífice pereció á manos criminales, pero el bien se hizo; desde entonces ese monstruo Biareo, va perdiendo uno á uno sus brazos constrictores. Pluma que es ariete demoleedor de los muros del fanatismo clerical, pluma magna es. La pluma de Clemente el Grande debía figurar entre las maravillas del mundo. Ah! de esos perfiles

han brotado raudales de luz y de consuelo para el hombre!

HAY plumas de todas clases: de sabio, de literato, y ¡oh deshonor! de protervos. Baldón sempiterno al que vende su pluma á la infamia ó al ridículo!

LA del sabio es la de Platón y Humboldt: describe el plano, de la gran República universal, verdadera *ciudad de Dios* que descansa sobre bases incommovibles de justicia; se abisma en las entrañas misteriosas del Cosmos y aprende sus secretos para revelarlos á los cerebros humanos.

La del literato es pincel divino en las manos de Homero y Luciano, Virgilio, Alfieri, Racine y Cervantes. El mundo de la fantasía se abre de par en par á estos ojos inspirados; la sagrada corte del Olimpo con sus dioses rubios y bellos y sus diosas de formas tentadoras, si por lo bien

hechas, si por el resplandor que las baña; la *Selva Oscura* con sus ramajes seculares sombríos, que se abaten para no obstar al audaz florentino, que sale de ella asombrado y terrible á conminar á los reyes sanguinarios y papas simoniacos, á todos los precitos de la tierra, con los horripilantes castigos que le han amargado el corazón; y la naturaleza moral, la más sublime y compleja, están á las órdenes de esta pluma de oro que el genio de la Literatura arrancó sonriendo al cóndor del pensamiento; pluma que en horas de hechicera y noble poesía, para ensalzar las virtudes y gracias de la mujer—símbolo hermoso del arte helénico nunca superado—moja sus perfiles en los «colores vívidos del Iris y seca lo escrito con el polvo de las alas de la mariposa»; pluma que truena y destella cargada de la fecundísima electricidad de las ideas; pluma destinada por el Sér de los Sé-

res á realizar el prodigio de la multiplicación del pan espiritual!

LA pluma del músico no ahonda problemas científicos ni produce obras literarias: habla el lenguaje celestial de la melodía. Verdi, Bellini, Mozart, Aubert, colman de alegría á esa porción delicada del mundo, que goza y sufre con vehemencia insólita: las almas sensibles. Los músicos son los verdaderos poetas, porque tienen decisivo poder sobre el hombre. ¡Cuántas veces el eco blando de una voz en la calma sepulcral de la noche, ó el de un instrumento tañido por hábil mano, suspendieron al infeliz que, con violencia loca, iba á hundirse en los antros del asesinato! Una bella oda ó una elegante prosa no alcanzan esta victoria inaudita sobre las pasiones. ¡Música, magia de los corazones exquisitos, rocío suavísimo de sonidos, eres mi supremo encanto, no me can-

so de escucharte, y quisiera vivir bajo tu acción benéfica, los días que el destino me haya señalado en su reloj invisible!

¡ESCRITORES protervos! . . .
¿Se compadece acaso el ejercicio de la pluma con la infamia? Indignado responde Carlyle: *no me vendo á los hombres ni á los hechos, soy la historia y mi escudo es la verdad.* . . .

EN nuestros pueblos hay plumas indignas que deifican á tiranos y á nulidades políticas, por un mendrugo de pan, por una sonrisa de favor. Esta asistencia degradante de los que aspiran á la dirección del País, ha causado daños cuyas consecuencias todavía no desaparecen. El que desea arriamar el hombro á la ardua tarea de aliviar los quebrantos de la tierra natal, rinda á los enemigos que la ultrajan, gane batallas por la Libertad, conjure la bancarrota económica, promueva, en el desempe-

ño de los altos cargos públicos, el progreso y el bienestar de los ciudadanos; la Pluma y la Espada, dispensadoras de hazañas eminentes, están á su mano para cubrirse de eterna gloria; y entonces sea, en hora buena, Presidente, Ministro, Senador, y hasta la dictadura se la perdonamos, si después de ejercerla con la abnegación de un romano, puede decir: *¡juro haber salvado á la Patria!*

PLUMAS protervas, ludibrio de la historia de la literatura; plumas de buho repugnantes: campo á las de águila y de cisne, que hacen la delicia de los hombres dignos!



A TÍ!



«Cuando un poeta te pinte en magníficos versos su amor, duda».

«Cuando te lo dé á conocer en prosa, y mala, cree».

Becquer.

Te amo, pero nunca he tenido la idea de comunicártelo en la forma delicada del verso. Abrigo un presentimiento extraño: creo que el día que brote de mi laúd una nota para tí, ese afecto ardiente y sincero con que me haces tan dichoso, se volverá menos intenso, perderá todo su encan-

to, y ¿qué es el amor en este estado? No debemos pensarlo jamás!

Los espíritus realmente apasionados desdeñan lo ficticio, lo que no es capaz de hacer duradero el cariño, y para revelarse lo hacen por medio de la prosa, que multiplica el sentimiento y lo envuelve como en un éter de fuego. Único idioma que acierta á reproducir la verdad en todo su esplendor; única manera de comunicar esas gigantes aspiraciones que iluminan con lumbre de relámpago el porvenir!

El verso lo presenta todo á la dudosa claridad del crepúsculo, y la prosa es como el arroyo cristalino que copia fielmente la hermosura de Galatea. Tu respuesta ha de ser: «A mí, me hechizan los versos; tú, no eres poeta y por eso te expresas así». Vuélvemelo á decir; niégame ese don misterioso que enardecía á Musset, niégame la aspiración de ese gas

desprendido del cielo, que tiñe de un vago azul la fantasía, y hace vibrar todas las fibras sensibles del corazón: niégame, mujer, el canto y el ideal, y que mi arpa se rompa sin que tú hayas arrancado ni una melodía de sus cuerdas de oro.

No te quiero cantar. Mi prosa es para tí; mi prosa que una sola de tus miradas hace nacer de mi alma; mi prosa que no puede mentir porque es amplia, irrestricta y llena de encendidas imágenes, es la que va á conquistar los derechos de tu amor, la que te hará mía, la que, precursora de un mañana brillante y duradero, se levanta fresca é impregnada del aroma de las ideas, que flotan como átomos de lumbre en el mar del pensamiento.

NUNCA me pidas versos. No los sabría hacer por tu mandato!

A tí, foco de belleza, hacia el

33371

cual se vuelven mis ojos, en la próspera como en la adversa fortuna; á tí, que arrastras mi alma ávida de emociones y la sacias hasta embriagarla sobre tu seno de virgen griega; á tí, manantial de vida, irresistible atracción de lo bello, fuerza de la virtud que seduce para salvar, dirijo estas incorrectas líneas como afectuoso testimonio del amor que te profeso



LAS CARTAS

UNA carta es un testigo que dice la verdad. ¡Cuántos hay que cometen mil locuras para destruir esa prueba terrible!

LAS oficinas postales son las llamadas á aliviar del grave daño que puede hacer una carta. Por eso los gobernantes que desean conservarse á *ou tran- ce* en el Poder, dan el cargo de Administrador de correos á persona de su confianza

INSISTO en lo peligroso que es «dejar correr la pluma con

la brida al cuello», como dice graciosamente la señora de Sevigné. El refrán de *carta canta* debía ser el aviso que detuviera á los hombres, cuando se entregan á la costumbre de fijar en una hoja de papel sus ideas más recónditas. *Palabra dicha tiene vuelta, pero palabra escrita no la tiene*, señores politiqueros, que enderezáis cartas que más tarde son, pesadilla en el sueño de la dicha ó muro de piedra contra el que van á deshacerse esperanzas halagadoras.

EL género epistolar, observa un escritor satírico, es causa de la mayor parte de los tormentos de la humanidad. Las malas noticias se hacen saber en una forma culta y velada: la carta. Un cartero es personaje siniestro, como lo es un sepulturero de *tétrica mirada*. Si uno de esos hombres alígeros y charlatanes que reparten las correspondencias, me extiende la mano para entre-

garme un sobre, tiemblo de miedo, porque espero una desgracia. La felicidad no la concede el hombre, es beneficio de los dioses que lo recibimos por medio del acaso.

LAS cartas inocentes, las que no lastiman á nadie y son dulce panal de miel hiblea, por lo instructiva de la materia y lo elocuente del estilo, son las de Lord Chesterfield á su hijo y las literarias de don Mariano José de Larra. En ellas no hay niños con virüelas; suegras rabiosas como un can; amigos íntimos que dicen desahogos ó piden dinero prestado; médicos que cobran sus honorarios por la *cura radical* del enfermo; abogados que amenazan con el apremio si no se les abonan, uno sobre otro, los *sucres* de la defensa, que sólo dió por resultado la pérdida de la hacienda; prestamistas que avisan que rematarán al otro día las prendas que están en su *mon-te de piedad*: todo es paz y sua-

vidad, encanto de las bellas humanidades, en esas cartas inmortales!

LA carta de amor ó lirio-erótico, como la llamó Calderón de la Barca, es un manotajo de calificativos cursis, pura *lata*, mentirillas más antiguas que el mundo, pero que son y serán siempre la gloria de los enamorados.

LA *carta de recomendación* es un alerta á quien va dirigida, para que no caiga en las redes del pobre diablo que la lleva «por seguridad».

LA *carta de condolencia*, esa que no dejan de escribir los magnates cuando alguien *de viso* baja á la tumba, es una colección de ayes lastimeros y de ripios intolerables que cansan, fastidian, irritan y no mueven las fibras del sentimiento.

LA *carta de desafío* es una broma de tono que gastan los bravos de ogaño á trochemo-

che. Estos lances terminan, por lo regular, con un almuerzo que costea el espadachín provocador y un *acta digna* firmada por el agraviado.

LA *carta abierta* no tiene par en sobresalencia y amplitud de miras. Si á un infeliz le entran ganas de tutear á un alto personaje, allí está á la mano la *carta abierta* para indultarse de la irreverencia y decirle sin rubor infinitos desatinos. Este expediente lo usan á menudo las larvas de la política con el fin de salir del estanque de aguas corrompidas en que viven.

¿Y la *carta política*? Mejor es no meneallo, péñola inconsiderada! Ella es la más pequeña cantidad de programa que un aspirante puede escribir sin comprometerse mucho: esbozos de principios, reflejos de promesas, rasgos débiles de lo que hará en el Poder un hombre atacado de la *peste*

negra de los políticos: la ambición. Si nunca se cumplen estos ofrecimientos, á nadie sorprenderá, porque al cabo están consignados en un *papel* que se lleva el viento no sé á dónde.

LA única carta que merece ser respetada—, la grande y elocuente en sus ideas y estilo, es la de la madre:—sencilla, ardiente, suavisima, debe guardarla un hijo amante sobre el corazón, porque no la dictan el engaño ni la moda.



Día de difuntos de 1904

(Al saber el combate de Torre Causano)

ERA la hora del crepúsculo, y apenas se escuchaban los últimos gritos de la algazara que el hombre va á formar todos los años á la mansión de los muertos. ¿Y qué había ido yo á hacer allá? Lo diré: á visitar á mi hijo y á mi madre de cuyas pérdidas no me he repuesto todavía; á dejarles dos coronas de flores naturales tejidas por mi esposa, y á llorar sobre sus tumbas mis cuotidianas desgracias. ¿No soy libre para